

La melodía del alma

Era una tarde suave, aunque no hacía tanto calor, el sol del atardecer iluminaba las calles. Me quedaba una media hora antes de disponer del estudio de baile que había reservado. Paseaba por el centro de Málaga, dejándome llevar por mis pasos, y estos me dirigieron hacia la tienda de un anticuario. La vitrina, rodeada por madera negra, contrastaba con las otras fachadas, más claras y coloreadas, que se encontraban en la Plaza de la Constitución. El escaparate presentaba todos tipos de antiguos objetos, como muebles, vajilla o ropa blanca, y dejaba ver un interior tenebroso, lleno de cachivaches. Siguiendo un extraño instinto, entré.

Dentro se extendía un denso silencio, como si el montón de cosas amontonadas ahí, ni siquiera pudiese disimular la falta de vida que se desprendía del lugar. Por curiosidad, caminé entre los estantes. La poca luz que penetraba por las ventanitas se reflejaba en los objetos, que parecían resplandecer en la oscuridad. Había varias decoraciones de oro, cuadros, algunos libros de papel fino amarilleado por el tiempo, candelabros de bronce, pero también vinilos, platos de porcelana monocromáticos, y un sable japonés.

En la penumbra, distinguí un toque de color, en medio de este mar de baratijas metálicas, escondido detrás de un conjunto de relojes cada uno más original que el anterior. Me acerqué, y mi mirada cayó en un par de castañuelas de madera, las más elegantes y elaboradas que nunca había visto. Mi alma de bailarina de flamenco no pudo resistir a la tentación, y sin que pudiese controlarla, mi mano las tomó delicadamente y observé sus detalles. Sobre las conchas de ébano, se extendían complejos dibujos de notas de música, pintadas con una larga gama de tonos. En su superficie, que parecían “orejas”, había flores esculpidas. Su trama minuciosamente trazada se asemejaba a símbolos misteriosos. Una cuerda pasaba entre las ramas de lo que imaginaba ser biznagas, sin embargo, antes de que pudiera tocar las castañuelas, apareció un hombre, sin duda el dueño de la tienda. Con una desagradable mueca, me pidió si quería comprarlas. Impulsivamente, contesté que sí. No lo había pensado; esa decisión se me impuso con la fuerza de una certitud: necesitaba aquellas castañuelas. Como el hombre seguía esperando delante de mí, le pagué y salí de la tienda lúgubre, con las percusiones en la mano. Ahora tenía ganas de bailar con mi nueva adquisición.

Después de unos minutos, llegué al estudio de baile. Era profesora de flamenco desde hacía varios años, y ahora podía reservar la sala para bailar sola y preparar mis clases. Después de un corto calentamiento, puse las castañuelas sobre mis palmas. Cuando las primeras notas de Almoraima, de Paco de Lucía, salieron de mi altavoz, empecé a bailar. Al instante, sentí perfectamente el ritmo. Los acordes de guitarra me transportaban, mis dedos se movían sin esfuerzo, la pulsación de las castañuelas se elevaba en el estudio. La música cruzaba mi cuerpo de una extremidad a otra, ampliando mis movimientos. Un giro, paso a la derecha. Gestos precisos, muñecas flexibles, respiración regular. Los tacones apoyando la cadencia, mi corazón vibrando al mismo ritmo que las percusiones... Bailé como nunca antes. Las canciones continuaron, mientras que mis muslos, liberados de todo dolor, entrenaron mi cuerpo en una danza siempre más etérea; la sensación de volar encima del suelo era embriagadora... Salí de mi trance cuando los últimos sonidos se esfumaron, reintegré mi cuerpo, y miré mis manos, en las cuales las castañuelas parecían iluminadas, como si cada nota grabada en sus conchas centelleara. Parpadeé, y el brillo se desvaneció. Seguramente solo fue un reflejo, o mis ojos cansados que inventaron aquellas luces...

Después de colocar mis cosas y cerrar el estudio, caminé por la ciudad dormida, bajo la noche estrellada, hasta volver a mi casa. No me había dado cuenta de que tanto tiempo había pasado mientras bailaba... La melodía del guitarrista seguía sonando, discreta, en mis oídos, y me acompañó hasta que me dormí.

Al día siguiente, mi mente estuvo ocupada por el canto de las percusiones que se repetía, sin parar, con tempos variables. No pude concentrarme, así que decidí volver al estudio para aclararme la mente gracias al

baile. Apenas cogí las castañuelas, el ruido dentro de mis orejas se desvaneció. Como el día anterior, me sumergí en los movimientos de mi cuerpo. Como el día anterior, la magia hizo efecto. Pero al contrario, cuando me quité las castañuelas, las armonías que me habían distraído todo el día se convirtieron en un ritmo discreto de percusiones. Era una pulsación regular, lenta, como si siguiera los latidos de mi corazón. Durante varios días, se quedó así, un pulso resonando dentro de mi cuerpo, y me acostumbré a su presencia. Tuve la impresión de haber encontrado el ritmo de mi alma. El pulso tranquilo y apacible guiaba mis pasos, centraba mi mente, marcaba mi vida...

Pasaron unos días, hasta que el ritmo se convirtió en un metrónomo más rápido, más fuerte. Sentí como un desfase... Poco a poco, después de cada clase de flamenco, el sonido de las percusiones seguía punzando en mi cabeza demasiado rápidamente. Día a día, semana a semana, los latidos todavía más lacerantes me dieron jaquecas y dolores corporales terribles... A pesar de los instantes durante los cuales bailaba con las castañuelas en las manos, el pulso estresante se repetía continuamente.

Entonces, multipliqué los momentos de baile para escapar al ritmo infernal de mi mente. Alguna tarde, salí del estudio, y mi jaqueca me golpeó con fuerza, como siempre cuando no tocaba las percusiones. Fuera, el sol caía suavemente bajo los edificios, envolviendo las calles en una luz tenue. Disfrutando de la penumbra, seguí mecánicamente el camino para volver a mi casa con el objetivo de descansar un rato. Por casualidad, pasé frente a la plaza de la Constitución. A lo lejos, percibí un grupo de turistas mirando a un apartamento con una ventana obstruida, entre una panadería y el anticuario donde había comprado las castañuelas. Intrigada, levanté también la mirada mientras cruzaba una calle, sin embargo, estaba distraída... Encima del metrónomo que latía dentro de mi cabeza, oí de repente un ruido penetrante, y en una sacudida, me encontré boca abajo. Con horror, vi la mochila que llevaba rodar bajo la bicicleta del hombre que me había atropellado. Crujido sonoro. Mi mente se desmoronó en una violenta explosión. El hombre, que se había parado, se acercó, y con dificultad, le pedí mi mochila y la abrí. Encima yacían mis castañuelas, cuya madera había sido rota por el impacto. Astillas de madera se desprendían de las mitades destruidas. Las notas de color eran invisibles, aún las flores de las orejas habían sido destrozadas. Delante este desastre, un sollozo se escapó de mis labios. Viendo que no estaba herida y que mi solo daño era emocional, el desconocido me ayudó a ponerme de pie y ofreció acompañarme hasta mi casa.

Fue una vez en la soledad de mi habitación, observando los restos de mis percusiones, cuando me di cuenta del vacío que me invadía. ¡Las pulsaciones incesantes que me habían enturbiado la mente se habían interrumpido! ¡Qué alivio! Mi cabeza me pareció ligera, tan ligera, pero por otra parte agotada, tan agotada...

Unos días después, volví al estudio de baile. Puse música e intenté perderme en el flamenco, como lo hacía antes del accidente... Pero algo había ocurrido. Cualquier música que escuchaba, me parecía extranjera. Era imposible encontrar el ritmo, seguir su pulsación. Mis orejas me parecían sordas, incapaces de sentir las vibraciones musicales. Mi cuerpo, como inestable, no obedecía a mi mente, mis gestos eran desordenados, sin cohesión tampoco coordinación. ¿Dónde estaba la música? ¿Por qué había huido fuera de mi alcance? Y yo, ¿por qué no podía ni siquiera realizar una figura simple? Dudando de lo que tenía lugar en mi propio cuerpo, me senté, aterrorizada por ser incapaz de bailar nunca más.

Una primera lágrima recorrió lentamente mi mejilla. Me di cuenta de que las castañuelas habían absorbido mi ritmo vital, y cuando se habían roto, me habían robado la música, dejándome vacía de melodía, de baile y de vida... Otras lágrimas inundaron mi cara, y las gotitas de agua salada cayendo en el suelo del estudio fueron la última melodía que resonó en mi alma...